

Dr. D. B. Pérez Galdos

Santander

Muy distinguido Señor mio.  
Después de los Corquemadas  
no creía ya que pudiera <sup>el</sup> produ-  
cir nada mejor, pero leo Nazarin  
y lo encuentro superior no solo  
a lo que ha hecho <sup>el</sup> anteriormente,  
sino a todo lo que han producido  
mentes humanas, especialmente  
por lo que respecta al persona-  
je principal, sublime concepción  
de una belleza moral que me ha  
causado profunda emoción, asom-  
bro, verdadero asombro.

Ni el mismo Jesús, en ninguna  
de las dos fases en que nos le  
presentan la iglesia y la crítica  
racionalista, llega a la elevación  
moral de Nazarin.

Aquel momento, en la escena de  
la cárcel, en que surge el demonio  
de la ira en el pecho de Nazarin



ante el bárbaro ataque del Parricida,  
es humano por la verdad y devino  
por la infinita emoción, por el  
arte inconcebible que ha sabido  
crear aquella situación sublime.  
¿A la atroz lucha interna de los  
encontrados deseos que nacen en  
Beatriz después de la escena con  
Rento en la fuente? ¿A las iras  
de la belicosa Andara, aquellas  
palabras que dice al oído del  
Parricida, el infame golpeador  
del maestro? ¿Y la amorosa  
deklaracion del monstruoso Uzo?

Todo es hermoso, demasiado  
hermoso para la insensibilidad  
del público. Aquel número 1000  
que veo en la cubierta me espanta  
porque es la expresión de una  
terrible injusticia, que, por  
muy Nazarin que sea el Ajuno  
que llevar alguna amargura a  
su alma.

Pero sepa que mi admiración  
y mi entusiasmo son de tal inten-  
sidad que valen por mil.

Le saluda con el más sincero  
afecto su servidor que b. s. m.  
Gumero Orbe

No le pongo señas de  
mi casa para que no vaya a  
suponer que le escribo para  
que me conteste, no cultivo este  
sport espular. Claro que me  
consideraría muy honrado con  
su carta, pero prefiero pres-  
cindir de este placer con tal  
de que U. no sospeche que no  
soy absolutamente sincero en la  
expresion de mi admiracion hacia  
sus obras